

íntima comunicación, circula Él en nuestro corazón como fuente ó torrente de fuego, no para agotarse y extinguirse, sino para atraernos hacia Él y transformarnos en Él. ⁽¹⁾ Porque no somos nosotros los que cambiamos este alimento en nosotros, como ocurre con el alimento ordinario, sino que es este alimento el que nos cambia en Él. ⁽²⁾

Evidentemente, hay una gran diferencia entre la actividad propia del hombre abandonado á sí mismo y la intervención directa de Dios.

Sin duda—nunca insistiremos suficientemente sobre esto—que la gracia no obra sin la cooperación del hombre. Pero si ya los esfuerzos personales y la capacidad de hacerlos dependen de la influencia divina, más depende todavía el resultado de ellos.

El trabajo del hombre, por indispensable que sea, es idéntico al del horticultor que poda sus árboles, los dirige, los riega, los limpia y los preserva del frío. Todo esto no les da ni la vida ni la fecundidad. Si la savia no asciende por las ramas, no darán hojas, ni flores, ni frutos.

¿De qué sirve, pues, á tantas almas bien intencionadas poseer la palabra de Dios en la Biblia, y en su propio corazón la fe en su obra, si no poseen los únicos canales que pueden llenar de savia divina exhaustas venas? Como el más diligente jardinero, innegable es que trabajan mucho y se dan muchas fatigas, y, como nos lo enseña especialmente la historia del pietismo, inventan los más artificiales y extraños medios para apagar su sed inextinguible de perfección; sin embargo, continúan siendo tan pobres y tan vacías como antes.

¡Cuán rápidamente cambiarían las cosas, si estas almas desdichadas hallasen en las palabras y los actos del Salvador el camino que conduce á Él y á su vida!

Conócenle ellas, ó mejor, creen conocerle en cuanto es la verdad, pero no le encuentran como camino, ni como camino tienen siquiera una idea de su existencia.

(1) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 3, 26.

(2) Agustín., *Conf.*, 7, 10, 16.

6. Sentimientos de los santos respecto del Cristo.

—¡Ah, de cuán distinta manera han obrado muchos santos! Por eso han obtenido tan distintos resultados.

En verdad que no han escatimado sus esfuerzos personales; cargas han soportado que llenan de confusión nuestra pereza; pero no podían desterrar suficientemente lejos de sí la idea de que sólo de nuestras fuerzas, de nuestra actividad, de nuestra justicia ó de la buena voluntad de Dios, debíamos esperar el éxito. ⁽¹⁾

«Si quieres llegar á la verdadera santidad—dice Santa Mechtilde—adhiérete á Aquél que es la verdad misma y que todo lo santifica; únete á Él, y el océano de su pureza lavará tus faltas y curará tus debilidades. Sí, únete estrechamente á Él, y su poder divino pasará á tu interior. Porque su amor nada tiene para Él sólo, sino todo para los que le aman y aceptan sus dones». ⁽²⁾

«No hay tesoro más rico que la vida y poder de Jesucristo—dice Santa Brígida, y con ella una multitud de santos—¡Si siquiera pudiésemos penetrar hasta ellos y de ellos hacer uso!» ⁽³⁾ Si no hiciésemos más que uno con Él, seríamos como el árbol que saca sus jugos del suelo en que está arraigado. Todos nuestros frutos serían frutos que la savia de la gracia habría hecho crecer y madurar. ⁽⁴⁾ Con las obras y méritos de Cristo, de tal modo borramos nuestras faltas, que Dios ya no tiene nada que reclamarnos. ⁽⁵⁾ Con su fuerza, realizamos, cuanto hacemos, como si fuesen sus propias obras, y Dios mismo las acepta como tales. ⁽⁶⁾

Por eso el que está unido á Jesucristo no debe atormentarse demasiado por la imperfección de sus obras. Sería esto tan lamentable como si no pudiese desechar la idea

(1) Birgitta, *Revelat.*, 6, 69; 109; *Extravag.*, 58.

(2) Mechtild., *Liber specialis gratiæ*, 1, 37.

(3) Brigitta, *Revelat.*, 3, 13; 4, 89.

(4) Gertrud., *Legatus divinæ pietatis*, 3, 18.

(5) Lud. a Ponte, *Vita Mariæ de Escobar*, 6, 9, 1. Mechtild., *Liber specialis gratiæ*, 2, 9.

(6) Gertrud., *Legatus divinæ pietatis*, 4, 9, 41.

de que su propio trabajo es el que les presta todo su valor. ⁽¹⁾

Toda obra agradable á Dios, y todo medio para hacer tal una obra, provienen únicamente de Jesucristo y de su gracia. ⁽²⁾ Ciertas acciones del hombre pueden muy bien ser buenas y honrosas, pero sólo obtienen un valor infinito á los ojos de Dios, si se realizan en unión íntima con las santas obras de Jesucristo, y son ofrecidas á Dios. ⁽³⁾

Tal es la doctrina de los santos.

7. Sus relaciones con Él.—Ahora bien, esto no ha sido en ellos simple modo personal de considerar las cosas, ó fantasías pasajeras, sino que se ha convertido en acción y verdad.

Nadie puede comprender la vida de los santos, si no posee como clave el modo de ver que acabamos de indicar. El que no lo conoce, no ve en ellos más que extravagancias. Ahora bien, precisamente lo que el mundo considera en ellos como locura, es la expresión más exacta del espíritu de Jesucristo.

Á todos estos reproches de exageración y fanatismo, no pueden dar mejor explicación que las palabras del Apóstol: «La caridad de Cristo nos urge». ⁽⁴⁾

«Sus almas—como dice Santa Mechtilde hablando de sí misma—están unidas mucho más estrechamente á Jesucristo por el lazo de la caridad, que lo estaba el alma de David á la de Jonatás». ⁽⁵⁾ «Sienten ellos circular dentro de sí mismos su divinidad como agua viva, y sus almas se derraman á su vez en Jesucristo como un caudal del que se abren las esclusas». ⁽⁶⁾ «El amor á su Maestro, de tal modo abrasa su corazón, que todas las obras que practican son como otros tantos trozos de leña que alimentan su llama, hasta que se eleve al corazón de Dios». ⁽⁷⁾

- (1) Gertrud., *Legatus divine pietatis*, 3, 18; 4, 25.
 (2) *Ibid.*, 4, 9, 13, 31. Mecht., *Liber sp. grat.*, 3, 10.
 (3) Gertrud., *Leg. div. piet.*, 4, 9, 13.
 (4) II Cor., V, 14 y sig. I Thessal., V, 9 y sig.
 (5) Mechtild., *Liber specialis gratiae*, 1, 23.
 (6) *Ibid.*, 1, 24.—(7) *Ibid.*, 1, 25.

Su único pensamiento es Jesucristo. Sin Él, todo es nada para ellos. Para ganarlo, renuncian á todo. Con Él, irían hasta el infierno. ⁽¹⁾

Lo que hacen, lo hacen únicamente para encontrar á Cristo, para impregnarse de Él, y para devolverle lo que les ha dado. El motivo exclusivo que los guía en esto es su honor y su amor.

En este caso, cada una de sus obras, por pequeña y humilde que sea, se convierte en una obra divina.

No sólo cuando oraba creía Santa Gertrudis beber en el corazón del Salvador el agua ⁽²⁾ cuyos chorros la convertían en más blanca que la nieve, ⁽³⁾ sino que también durante sus comidas saltaba de gozo por poder ofrecer en el altar de Dios—así llamaba á su interior—uno de sus dones en sacrificio. ⁽⁴⁾

Cuando se confesaba, parecíale que se sumergía en un baño saludable formado con la sangre que había manado del corazón de Jesucristo. ⁽⁵⁾

Durante el sacrificio de la misa, se abría el cielo para los santos, y veía al Pontífice Eterno consumir Él mismo lo que se hacía en la tierra ante sus ojos. ⁽⁶⁾

Cuando recibían la santa Comunión, lo hacían con el afán y la alegría propias del niño que se precipita en el seno materno, ó del pájaro que corre á ocultarse en su nido, ó del pez que se sumerge en lo profundo de las olas. ⁽⁷⁾

El Espíritu Santo abrasaba sus corazones con el fuego de su amor. Entonces su corazón se ablandaba como la cera, y el Salvador estampaba en ellos su huella como con sello divino. ⁽⁸⁾

- (1) Raimund., *Vita S. Cath. Sen.*, *Prolog.* 15. Arnald., *Vita B. Aug. Fulig.*, 3, 66. Schram., *Myst.*, § 296. Pinamonti, *Director spiritualis*, c. 30.
 (2) Gertrud., *Leg. div. piet.*, 3, 26, 30.
 (3) *Ibid.*, 4, 2.
 (4) *Ibid.*, 1, 11.
 (5) *Ibid.*, 3, 14.
 (6) Hildegard., *Scivias*, 2, 6, 1. Gertrud., 4, 59.
 (7) Mechtild., *Lib. spec. gr.*, 2, 24. Gertrud., 3, 18, 74.
 (8) Gertrud., 2, 7.

Así es como las palabras: «Yo vivo ahora, ó más bien, no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí», ⁽¹⁾ se han realizado á la letra en todos los santos.

Si quiere uno comprender bien estas palabras, no tiene más que leer la aparición en que Santa Mechtilde refiere la manera como recibió la impresión del sello divino. Llamóla el Salvador á sí, puso sus manos entre las de ella, y le donó todas las obras que había realizado en su santa humanidad. Fijó sus ojos en los suyos, de tal suerte que veía ella con los ojos santísimos de Él, y dejaba correr abundantes lágrimas. Oprimió su boca contra la suya, y le dió, en compensación de sus negligencias y debilidades, todas las alabanzas, todas las acciones de gracia, todas las oraciones y todas las exhortaciones que habían brotado de sus santísimos labios. Finalmente, unió su corazón al suyo, é hizo pasar á él todas las prácticas de devoción, de meditación y de amor, así como la plenitud de sus gracias. Al contacto del fuego de su amor, fundióse su alma toda como la cera puesta al fuego. Imprimióse Él todo entero en ella, y en adelante convirtiéndose ella en fiel ejemplar de su perfección divina; ella no hizo más que uno con Él. ⁽²⁾

8. Última finalidad de la Encarnación.—Sólo aquí vemos con claridad lo que significa para nosotros la encarnación del Hijo de Dios.

Casi siempre la consideramos bajo un solo aspecto. Creemos haberlo hecho todo, cuando la consideramos con relación á Jesucristo. Pero ella no ha comenzado en Él más que para continuarse en nosotros.

Dios ha descendido hasta el hombre, para que el hombre se eleve hasta Él. Si la humanidad no se uniese del modo más estrecho con Dios, la intención que Dios tenía cuando se unió á ella no se hubiese realizado por completo. Sólo cuando el cambio entre el Redentor y la humanidad rescatada se ha realizado completamente; sólo

(1) Gal., II, 20.

(2) Mechtild., *Liber specialis gratiae*, 1, 1.

cuando ésta se ha apropiado su vida, de suerte tal que pueda Él considerarla como suya, se alcanza el fin completo de la redención.

Ahora bien, Jesucristo ha realizado esto en los santos. Por esta causa, el título de *Rey de los Santos* es el último término de la Redención.

No hay santo alguno que no se haya formado de conformidad con Él; no hay santo alguno que no haya realizado su poder en una ú otra de sus obras; no hay santo alguno que no haya continuado y renovado su obra y su vida.

Por esta razón también, no hay santo alguno cuyas acciones no constituyan una parte de la Redención; y—no vacilamos en decirlo, porque el Apóstol nos ha dado el ejemplo ⁽¹⁾—no hay santo alguno que no haya contribuído á terminar la obra de la Redención.

Cada gota de sangre y de sudor derramada por ellos era una gota de la sangre y sudor de Jesucristo. En su corazón, palpitaba el corazón del Salvador, ardían su celo y su amor. De su boca fluían sus palabras, de sus manos sus acciones y sus dones. Cada sufrimiento de ellos era un trozo de la santa cruz; cada uno de sus méritos el mérito del divino Redentor.

Tal es la razón de nuestro culto por los santos.

En los apóstoles, veneramos la palabra de Jesucristo hasta las extremidades de la tierra; en los mártires, su fuerza paciente que quebranta todos los obstáculos; en las vírgenes, el triunfo de su pureza celestial; en los religiosos, la sublimidad de su pureza, de su humildad y de su obediencia; en toda la humanidad transfigurada, la fuerza divina sobrenatural que Él ocultaba en la debilidad de la carne.

En una visión magnífica, vió cierto día un alma privilegiada el árbol milagroso de la humanidad de Cristo cubriendo el cielo y la tierra. En la cima estaban los ángeles cosechando la sabiduría y el amor en los goces eternos de Dios. Los rayos que el sol del amor divino lanzaba

(1) Col., I, 24.

sobre aquellas cigarras celestes eran tan claros y tan ardientes, que ellas lanzaban gritos de júbilo y revoloteaban de rama en rama al través de todas las obras de la humanidad de Jesucristo, hasta penetrar en su corazón; elevábanse luego de repente en línea recta hacia el seno del Padre Eterno, de donde volvían pronto resplandecientes de amor divino. En medio de los ángeles, sobre las ramas más elevadas, cerníanse las almas sumergidas en la contemplación de su Redentor. Mirábalas éste con ternura, hasta que, siguiendo el impulso de sus corazones, lanzábanse en alas del amor á recibir un beso divino. En las ramas del medio, y como sostenidas por la sabiduría celestial, reposaban los doctores con aire meditabundo, y proclamaban con la fuerza de Jesucristo la doctrina de la fe, inteligible á todos los corazones. Cerca de ellos, en las cavidades de las ramas y del tronco ocultábanse las vírgenes, silenciosas y modestas, completamente penetradas del amor de Dios. Por las extremidades de las ramas andaban dispersos los primeros mártires. La púrpura de su sangre brillaba entre las hojas verdes como los estigmas del Salvador brillan en el cielo, semejantes á diamantes y á rubíes. Finalmente, en todas las ramas había una multitud tan considerable de confesores, que se doblegaban á su peso, y abajo, apoyados en el tronco, los penitentes enrojecidos con la sangre del Redentor que brotaba de las raíces de este árbol maravilloso. ⁽¹⁾

9. Tesoro de los méritos del Cristo y de los Santos.—De esta concepción de la Redención del Salvador y de su actividad,—única que responde á la verdad—proviene la doctrina católica del tesoro de la gracia ó de los méritos de Jesucristo y de sus santos.

El que cree en el Hijo de Dios hecho hombre, no puede poner en duda que los méritos del Redentor superan por modo inmenso á todo lo que uno puede imaginar en punto á valor. ⁽²⁾

(1) Beda Weber, *Joanna Maria vom Kreuze* (2) 265.

(2) Thomas, 3, q. 19, a. 3.

Pero ¿qué ha de hacer el Salvador con estos tesoros infinitos? Personalmente no tiene necesidad de ellos, pues posee la gracia en plenitud tal, que no es susceptible de aumento en lo que se refiere á Él, el Señor, el autor de toda gracia.

No para Él, sino para nosotros ha merecido ese océano insondable de gracias. ⁽¹⁾

No es un hombre aislado, sino que es la cabeza del cuerpo, la cabeza de la humanidad rescatada. Ahora bien, la fuerza de la cabeza constituye también la fuerza del cuerpo. Aprovéchase el conjunto de aquello de que Él no tiene necesidad para sí. Así, pues, cuanto más considerables son sus obras meritorias, más grande es el tesoro de sus méritos que reserva para nosotros.

«Ha sufrido hambre y sed; se ha entregado á duros trabajos. Con frecuencia ha soportado el ardor de los rayos del sol; con frecuencia el sudor ha inundado su frente. Ha padecido los rigores del frío, del viento y de la nieve; y todo esto porque lo ha querido». ⁽²⁾

Pero la idea que le guiaba consistía en hacerse rico en dones de toda especie para nosotros.

En este sentido, una oración de la época de San Nicolás de Flue dice: «Nuestro Señor Jesucristo es una fuente viviente; es el origen de todo bien; es la verdad infalible y la luz que no se extingue nunca. Es un bien que aumenta sin cesar para el que de él se sirve, y disminuye para el que de él no hace uso. Es tan bueno, que nada puede rehusar á quien le ruega sinceramente del fondo del corazón. En efecto, el Señor dice: «Hombre, si quieres ser un hombre de bien, trabaja con valor en serlo. Lo que no puedes hacer, yo lo haré por ti». ⁽³⁾

En presencia de semejante liberalidad, ¿qué puede, pues, hacer un alma noble, que comprende la generosidad, sino tomar los dones que se le ofrecen, y también gran

(1) Thom., *Ibid.*, a. 4.

(2) Br. Philipps des Kartäusers, *Marienleben*, 3958 y sig.

(3) Sigrist, *Cath. Gegetbuch aus den Gebeten der Vorzeit*, 373 y sig.

número de los que con tan buena voluntad quieren dársele, y hacerlos fructificar para compensar una liberalidad inmerecida con una liberalidad merecida.

Gracias á Dios, en todo tiempo ha contado el Cristianismo con muchas de estas almas nobles, y hoy todavía no han desaparecido por completo, por más que la caridad no ejerza más que débilmente su unión.

Pero cuando un miembro viviente del cuerpo de Jesucristo realiza una obra buena y meritoria con la fuerza que proviene de la cabeza, es una obra de la cabeza hecha por el miembro, la cual, por esta razón, tiene el valor y el mérito de sus acciones propias.

Así es como toda buena obra y todo sacrificio que un servidor de Dios realiza en nombre de su Maestro, va á aumentar, como obra del Redentor mismo, el tesoro de los méritos que Él ha adquirido para nosotros con su santa vida y con sus sufrimientos.

Así como los efectos de la Redención no han cesado con la vida de Jesucristo en la tierra, así también el tesoro de sus méritos no se nutre únicamente con lo que Él realizó mientras vivió en la carne, sino que continúa sufriendo en la tierra en los suyos, ⁽¹⁾ y aumentando siempre en sus miembros los tesoros de sus méritos.

La cabeza ha hecho lo que debía; pero los miembros deben realizar aquello á que están obligados por su parte. ⁽²⁾

Á la verdad, Jesucristo es quien lo hace todo, pero no lo hace todo personalmente, sino que tal cosa la hizo cuando vivía en la tierra, y las otras las realiza ahora por sus miembros aquí bajo.

Para Él, no es diferente esto; de tal modo el amor le ha unido al cuerpo. Y así, pone los méritos de los suyos en el tesoro de sus propios méritos, absolutamente como si todo ello no formase más que una sola y misma cosa. ⁽³⁾

Encuentra uno allí los rubíes de su sangre al lado de los

(1) Augustin., *In Psalm.* 100, 3; 122, 1; *Sermo*, 261, 14.

(2) Col., I, 24. Augustin., *In Psalm.* 86, 5.

(3) Augustin. *In Ps.* 61, 4.

de los mártires, las perlas de su sudor junto á las de los apóstoles, las amatistas de sus lágrimas unidas á las de los penitentes; es un tesoro de valor inmenso, y, sin embargo, irá aumentando cada día, hasta el fin de los tiempos.

Pero este tesoro aumenta precisamente porque se le gasta, porque se le utiliza, porque reembolsa uno con interés lo que de él se toma. El dueño de este tesoro celestial se considera como herido y ultrajado, si uno no quiere hacer uso de sus riquezas. ⁽¹⁾ No busca su honor en la ocultación de estas alhajas, sino en la dicha que pueden procurar á los suyos enriqueciéndolos.

Esto es lo que ha mostrado á la bienaventurada Marina de Escobar en la figura de un castillo construído con el oro más fino. Había en aquel castillo tesoros inmensos de piedras preciosas de toda especie; ninguna lengua humana podría describir su valor, porque representaban los méritos y la sangre de Jesucristo. Y como ella se quedase cortada á la vista de aquellas riquezas, díjole el Salvador: «¿Ves los tesoros encerrados en este castillo? Pues bien, toma de ellos cuanto quieras para ti y para los que desees que participen de ellos». ⁽²⁾

Esto mismo se ha dicho á todos los santos y á todos los servidores de Dios; y toman ellos á manos llenas de estos tesoros, y los hacen fructificar tanto como pueden, y se enriquecen ellos, y el mundo entero también, ⁽³⁾ y devuelven al tesoro de Dios más de lo que de él han tomado.

10. Grandeza y fuerza del hombre unido al Cristo.

—En presencia de esto, ¿no es tiempo de poner ya un término á las perdurables quejas sobre la debilidad del hombre?

Sí, el hombre es débil y pequeño cuando vive para sí solo. Pero podría ser incomparablemente más fuerte y poderoso. Que tan sólo se le enseñe á conocer su verdadero

(1) Matth., XIII, 12, XXV, 26. Luc., XIX, 22, 26.

(2) Lud. a Ponte, *Vita Marinæ de Escobar*, 4, 33, 1.

(3) II Cor., VI, 10.